Domingo 11 de junio de 1995

PRIMER PLANO

Suplemento de cultura de Página/12

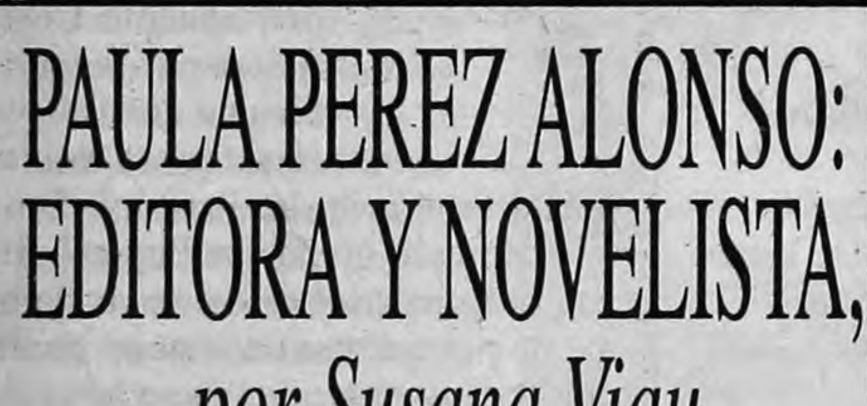
Editor: Tomás Eloy Martínez

ZOLA: EL REALISMO ANTES DE LA TELE, *por Rolando Graña*
8

ENTREVISTA AL GRAN FILOSOFO EMIL CIORAN

EL ULTIMO CINICO

"El pecado original está en nacer", "El progreso no es más que un ímpetu hacia lo peor", "Desgarramiento, mi abismo preferido": Emil Cioran, escéptico mayor de este siglo, sigue corroyendo las creencias y las instituciones más establecidas. El autor de "Crepúsculo del pensamiento", figura esencial de la filosofía contemporánea, acaba de publicar en París sus "Escritos de juventud". En las páginas 2/3, habla de sus oscuras pasiones –el insomnio, los cementerios, los burdeles, Bach–; un perfil de Miguel Russo acerca al personaje.

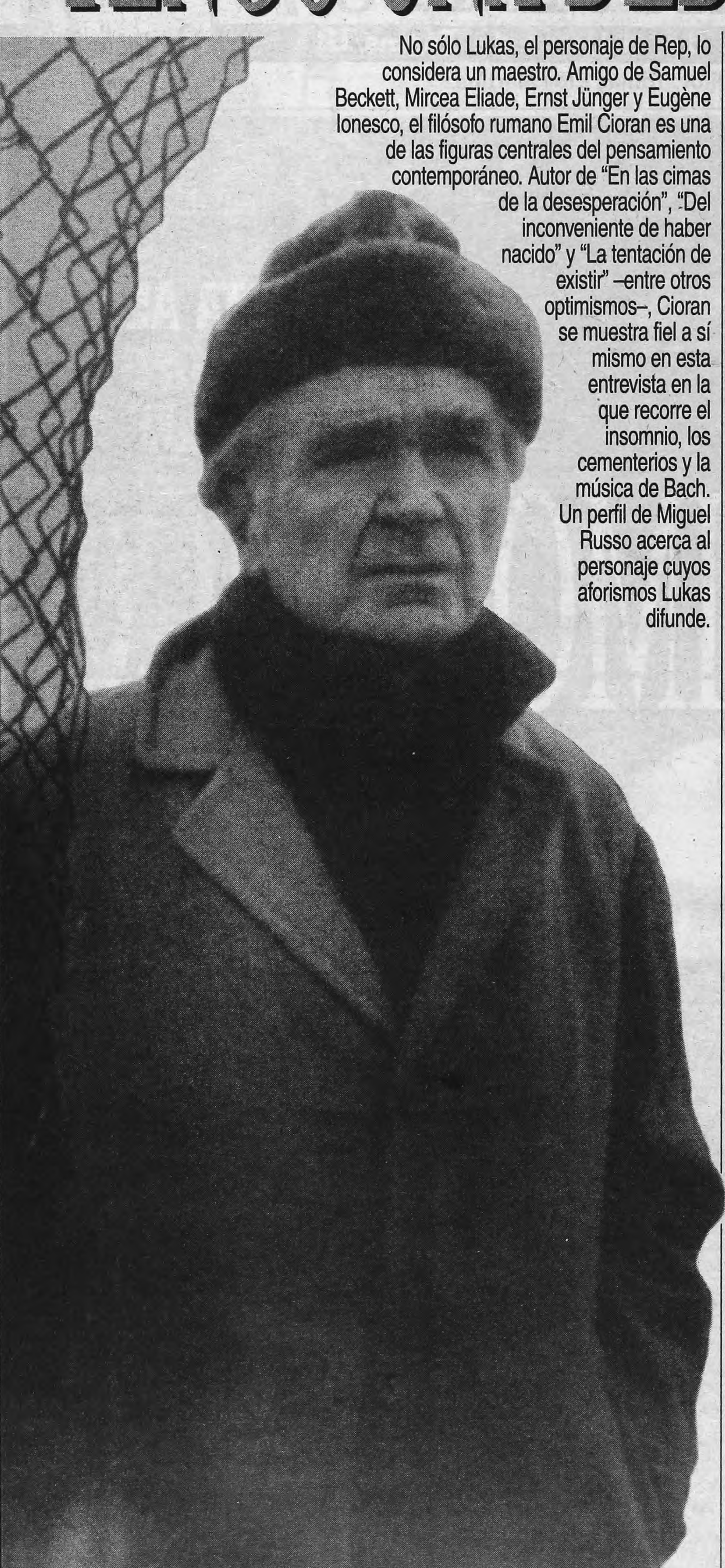


PAULA PEREZ ALONSO: EDITORA Y NOVELISTA, *por Susana Viau*

ANGELA CARTER DE UNA PUNTA A LA OTRA, *por Elvio E. Gandolfo*
6/7

ENTREVISTA A EMIL CIORAN, EL MAYOR

“TENGO UNA DEBILIDAD POR



No sólo Lukas, el personaje de Rep, lo considera un maestro. Amigo de Samuel Beckett, Mircea Eliade, Ernst Jünger y Eugène Ionesco, el filósofo rumano Emil Cioran es una de las figuras centrales del pensamiento contemporáneo. Autor de “En las cimas de la desesperación”, “Del inconveniente de haber nacido” y “La tentación de existir” –entre otros optimismos–, Cioran se muestra fiel a sí mismo en esta entrevista en la que recorre el insomnio, los cementerios y la música de Bach. Un perfil de Miguel Russo acerca al personaje cuyos aforismos Lukas difunde.

<u>***MICHAEL JAKOB***</u>

Se sabe que es usted sonámbulo, pero eso le permitió descubrir un espacio extraordinario, en el que hay algo abierto, fascinante...

–Es cierto. Pero había en mi caso antecedentes en mi visión de las cosas. Pero fue a los veinte años, cuando perdí el sueño, que las comprendí de manera sistemática. Todo lo que escribí, todo lo que pensé, todas mis divagaciones tienen su origen en ese drama. Salía cerca de la medianoche y me paseaba por las calles de Sibiu, no había más que algunas putas y yo en la ciudad vacía, el silencio total. Erraba por horas como una especie de fantasma y todo lo que escribí después fue elaborado en esas noches. Mi primer libro, *En las cimas de la desesperación*, se remonta a esa época. Lo escribí a los veintidós años, una suerte de testamento, pues pensaba que iría a suicidarme. Pero lo superé. Era que no había tenido ningún trabajo y eso fue importante. Como no dormía y me paseaba por la ciudad durante la noche, no servía para mucho durante el día, no podía trabajar. Tenía una licenciatura, había terminado mis estudios de filosofía en Bucarest, pero no podía ser profesor, porque no se puede, después de una vigilia nocturna, hacer un papelón con los alumnos, hablar de cosas que no me interesaban. Esas noches de Sibiu son, entonces, el origen de mi visión del mundo.

“¡Qué Tormento, Pero También Qué Alivio, Cuando Se Ha Perdido Una Ilusión Para Siempre!”

–Son esas noches blancas cuando se produce...

–No sólo, pero es cuando sobre todo se comprende. La vida es muy simple, las personas se levantan, pasan el día, se cansan, después se acuestan, se despiertan y comienzan un nuevo día. El extraordinario fenómeno del insomnio hace que no haya discontinuidad. El insomnio interrumpe un proceso. Pero el insomne está lúcido en el medio de la noche, no hay para él diferencia entre el día y la noche. Es una especie de tiempo interminable.

–¿El insomne vive otra temporalidad?

–Es otro tiempo y otro mundo, pues la vida sólo es soportable a causa de la discontinuidad. En el fondo, ¿por qué dormimos? No para reposar, sino para olvidar. El tipo que se levanta a la mañana luego de una noche de sueño tiene la ilusión de comenzar alguna cosa. Pero si se está despierto toda la noche, nada comienza. A las ocho de la mañana se está en el mismo estado que a las ocho de la noche y toda perspectiva sobre las cosas debe cambiar necesariamente. Creo que si jamás he creído en el progreso, si jamás me engañé con esa estafa, es también por este motivo.

–¿Se trata de un tiempo en el que se ve al mundo en negativo?

–En negativo o en positivo, como se quiera, pero es otra sensación del tiempo. No es tiempo lo que pasa, lo que no pasa es el tiempo. Y eso cambia la vida. Es por esto que considero a las noches blancas como la mayor experiencia que puede tenerse en la vida, marcan el resto de la existencia. Se comprende por qué alguna vez se torturaba a la gente impidiéndoles dormir: al final de esas noches confesaban todo. El sueño es el secreto del hombre, el secreto de la vida. Estoy absolutamente convencido de que si se impidiera dormir a la humanidad, habría masacres sin precedentes, se terminaría la historia. Este fenómeno me ha abierto los ojos para siempre, por decirlo así. Mi visión de las cosas es el resultado de esas vigilias, “las vigilias del espíritu”, me atrevería a decir, suena pretencioso, pero es así. Y, curiosamente, mi adoración por la filosofía, por el lenguaje filosófico, esta superstición, fue derruida por las vigilias. Porque comprendí que eso no podía ayudarme, eso me hacía soportar la vida, sobre todo por las noches. Fue así que perdía mi fe en la filosofía. Prefiero a los escritores. Para mí, Dostoievski es el gran genio, el mejor novelista, los superlativos que quiera. No amo sino a los grandes enfermos: para mí un escritor que no está enfermo es casi alguien de segundo orden. Un momento de mi vida releí a los místicos, pero lo que amo en ellos es el costado excesivo y sobre todo el hecho de que hablan con Dios de hombre a hombre, si puedo decirlo así. En cuanto a mí, me gusta atormentarme, la fe es casi una imposibilidad. No puedo decir que sea un espíritu completamente religioso, lo que constato es una imposibilidad para creer. La fe es un don.

–¿Busca usted en sus lecturas el “origen”?

–Conozco a muchas personas que han escrito novelas y han fracasado. ¿Por qué? Porque no traducen sino los fenómenos superficiales y no el origen de los sentimientos, algo que es muy difícil de atrapar, pero que es lo importante en todo fenómeno. ¿Cómo ha comenzado y por qué continúa? Sólo quien adivina tiene la capacidad de ver de dónde viene. Así que no sólo en mis lecturas, sino también en mi vida busco el origen. Aquello que se formula no es sino sólo una parte del pensamiento. Cualquiera puede escribir una novela, pero no se trata solamente de escribirla. Para mí, Dostoievski es el único que llegó al origen mismo de los actos, se ve claramente por qué sus personajes hacen una cosa u otra, pero no se lo ve de entrada. Mi actitud nada tiene que ver con el psicoanálisis, pues éste desea curar, pero no es eso lo interesante. Es el demonio que habita a los seres lo que importa, pero, ¿cómo atraparlos?

“Levantarse En Plena Noche Para Abrir Un Libro Es Ultrajar Al Insomnio”

–¿Cómo hace usted para decir algo sin decirlo?

–No se dice más que una parte de lo que se quiere decir. El tono es lo que importa. Se tiene un tono, no sólo musical, sino en general en todo lo que se hace. En general hay una falta de tono. Y esto es verdaderamente misterioso, porque no se lo puede definir, simplemente hay que sentirlo. Se abre un libro, se lee una

LOS CEMENTERIOS"



página que es en efecto notable, pero ¿por qué no dice nada? No es mala y, sin embargo, no se sienten sus efectos. No se sabe de dónde emana ese tono misterioso; hay una especie de irrealidad en todo lo que es literatura. Es lo que se llama falta de necesidad; pero, ¿por qué esa falta de necesidad? En el trato cotidiano con los demás pasa lo mismo. Uno se encuentra con alguien a quien no ha visto por mucho tiempo, se habla por horas, pero es la nada. Uno se encuentra con otra persona y se vuelve a casa conmovido. Esta es la verdadera originalidad de los seres: aquello que ocultan y que se transparenta en lo que dicen a pesar de todo.

"Todo Es Superfluo. El Vacío Hubiera Bastado"

CIORAN

–¿Es como la música?

–Es de hecho como la música. Cuando las personas dicen: "Para mí, la música no significa nada", ya está terminado, no tengo necesidad de continuar. Es algo extremadamente grave, porque la música toca justamente allí, en lo más íntimo de cada uno. Con aquel que no sienta la música no tengo nada en común, es de una gravedad sin nombre y una maldición de la cual la persona no es consciente. Entre los músicos Bach es un dios para mí. Se me hace imposible pensar que haya personas que no comprendan a Bach y sin embargo las hay. Creo que la música es el único arte capaz de crear una complicidad profunda entre dos seres. No la poesía, sólo la música. Cualquiera que no sea sensible a la música sufre una imperfección enorme.

–¿Cuándo escucha usted música?

–Todo el tiempo, sobre todo cuando no escribo. Dejo de escribir, considero que no vale la pena seguir, pero cierta seguridad proviene de la música. La vida sin música es absurda para mí. Pero no se tiene necesidad de escribir si no se puede transcribir en palabras una sensación que es de orden musical. Nada de lo que hace al sentido de la música pasa a la escritura. ¿Por qué escribir en esas condiciones? Y más aún, ¿por qué escribir en general? ¿Para qué multiplicar los libros, por qué desear a toda costa ser escritor? Todo el mundo escribe de más. Ahora he comprendido que no deseo continuar con esta comedia. Antes no se trataba de una comedia, porque el hecho de escribir correspondía a una necesidad, era una manera de desembarazarme de mí mismo. Después de haber escrito algo, pierde su misterio, está acabado, se ha matado a la cosa y a uno mismo. Ha cumplido una función para mí, pero ya no. He señalado que las personas que no escriben tienen más recursos que los que muestran, pues tienen todo dentro de sí. Pero el hecho de haber escrito es haber expulsado de uno todo lo que era importante. Por lo tanto, alguien que escribe es alguien que se vacía. Este es el motivo por el cual los escritores son poco interesantes, están vaciados de sí mismos, son fantoches. Son seres muy brillantes, pero que carecen de ser.

–¿Se puede elegir lúcidamente una religión?

–Dejando de lado ciertas cuestiones, el budismo me parece aceptable e incluso cómodo. Si hubiera que elegir una religión, yo sería budista. Toda elección que se hace es por afinidad secreta; acepto cuestiones muy precisas como la visión del sufrimiento, pero la trasmigración u otros aspectos del budismo ¿cómo aceptarlos? Hace falta pertenecer a una tradición para poder suscribir a este tipo de cosas, hay que compartir un cierto estilo de pensamiento, de concepción del mundo. Los dogmas no son aceptables, pero sí el espíritu. Todo lo que el budismo constata sobre el sufrimiento, la muerte, eso es aceptable, el costado negativo. Fue lo que hizo que Buda abandonara el mundo. Y es la religión que exige menos fe. El budismo no exige ninguna confesión ni reconocimiento, es por eso que está a punto de reemplazar al cristianismo.

–¿Sigue paseando por los cementerios?

–Tengo, en verdad, una debilidad por los cementerios, pero ya no son bellos, están sobrecargados. Cuando veo a amigos e incluso a desconocidos que pasan por momentos de depresión, de desesperación, no tengo sino un consejo que darles: "Vaya veinte minutos a un cementerio y verá que su tristeza por cierto no desaparece, pero se apacigua". El otro día me encontré con una joven desesperada por una pena de amor y le dije: "Escuche, no estamos lejos de Montparnasse, vaya y paséese allí una media hora y verá que su tristeza se vuelve tolerable". Es mucho mejor que ver a un médico. Un paseo por el cementerio es una lección casi instantánea de sabiduría. Yo mismo practico esta clase de métodos. ¿Qué es lo que se desea decir a alguien que está profundamente desesperado? Nada o casi nada. La única manera de soportar esta clase de vacío es tomar conciencia de la nada. De otra manera, la vida no resulta soportable. Teniendo la conciencia de la nada, todo lo que ocurre toma sus proporciones adecuadas y no la locura que caracteriza a la exageración de la desesperación.

Traducción: Marcos Maye

EL MASOQUISTA METAFISICO

MIGUEL RUSSO

Considerado uno de los pensadores más lúcidos que dio el escepticismo del siglo XX, Emil Michel Cioran nació en Rasinari, una pequeña aldea de Rumania, el 8 de abril de 1911. En 1921 se trasladó con su familia a Sibiu, Transilvania. Ya adolescente, quedó profundamente impresionado por los versos del gran poeta rumano Mihail Eminescu, pero también por sus frenéticas lecturas: Denis Diderot, Balzac, Rabindranath Tagore, Georg Christoph Lichtenberg, Dostoievski y Flaubert. "En mi primera juventud no había nada que me sedujera más que las bibliotecas y los burdeles", recordaría en los años 70.

En 1928 se inscribió en la Facultad de Literatura y Filosofía de Bucarest y, hasta 1932, en sus años de estudiante, leyó intensamente la filosofía germánica (Schopenhauer, Nietzsche, Simmel, Worringer, Weininger, Kant, Fichte, Hegel, Husserl) y también a los autores más reconocidos por la intelligentzia rumana de entonces: Sören Kierkegaard y Henri Bergson. Justamente, el 23 de junio obtuvo la licenciatura en Filosofía con una tesis sobre el intuicionismo bergsoniano. Rechazando los comentarios académicos y separándose del sistema de la filosofía, efectuó un doctorado especializado en psicología.

Su primera obra, *En las cimas de la desesperación*, aparece en 1934. Gracias a ella, recibió una beca de la Fundación Humboldt para estudiar filosofía en Berlín. Inscripto en el curso de Nicolai Hartmann (representante de la filosofía objetiva) y en el del creador de la teoría del "ritmo vital" y del "eros cosmogónico", Ludwig Klages, se interesa por las denuncias de la acción mortificante de la conciencia sobre las pulsiones originarias de la vida. Descubre también a los expresionistas y se revela como un "masoquista metafísico", según su propia definición.

Vuelto a Rumania, solicitó una beca a la Universidad de Madrid para continuar sus estudios en España. Sin embargo, la Guerra Civil cortó esa posibilidad y Cioran comenzó a trabajar como profesor de filosofía en un colegio secundario. Luego de una profunda crisis religiosa publicó, en 1937, *De lágrimas y de santos*, que fue recibido por la intelectualidad rumana como un escándalo. Mircea Eliade, quien luego sería uno de sus principales seguidores, criticó duramente el nihilismo y la confusión que desprendían las páginas del joven autor. En setiembre se instaló en París, becado por el Instituto Francés de Bucarest. En 1940 publicó *Crepúsculo del pensamiento*, que sería su último libro en rumano.

Mientras tanto, recorriendo toda Francia en bicicleta y asistiendo a los cursos de inglés que dictaba la Sorbona, comenzó a escribir ensayos en francés, abandonando poco a poco su lengua natal. Algunos de ellos, como "El pensador de ocasión", "La santidad y las muecas de lo absoluto", "Rostros de la decadencia" o "El decorado del saber" le valieron las críticas de sus antiguos compañeros rumanos, quienes lo tildaron de extranjerizante y de francés advenedizo. En 1946 renunció a su nacionalidad y a su idioma asumiendo el estatuto de apátrida. Luego de casi ocho años sin publicar, apareció *Breviario de podredumbre*. Por este libro, Cioran fue reconocido en varias revistas de cultura francesas por Claude Mauriac, André Maurois y Maurice Nadeau. Recibió, además, el apoyo de Eugéne Ionesco y Mircea Eliade, radicados en París desde 1945. Así dio comienzo a una etapa que el mismo autor llamará "mundana": las tertulias, los debates y las confrontaciones lo tenían como participante inevitable.

En 1952, con la publicación de *Silogismos de la amargura*, marcó definitivamente su estilo aforístico. Paul Celan traduce al alemán el *Breviario...*, mientras Cioran se encontraba abocado a su nuevo ensayo: *La tentación de existir* que, editado en 1956, será el libro preferido del filósofo rumano. Una muestra del hombre "preso entre el absurdo y la duda", como fue presentado por Alain Bosquet en la revista *Combat*. Sus ataques contra el progreso, sus críticas a la vigencia de las instituciones y su rechazo a cualquier sistema interpretativo o analítico de la realidad histórica fueron expuestos claramente en *Historia y utopía*, publicado por Gallimard en 1960. En 1964, con *La caída en el tiempo*, reflejó los equívocos de la gloria, el terror ante la muerte y la constante escéptica del existencialismo, los tres puntales que, para el autor, marcaron el desprestigio de la civilización contemporánea.

A fines de los años 60 Saint-John Perse lo considera uno de los más grandes escritores franceses desde la muerte de Valéry y Susan Sontag escribe en 1967 el primer ensayo sobre Cioran (recopilado luego en *Bajo el signo de Saturno*). En 1969 apareció *El aciago demiurgo*. Estos "pensamientos estrangulados", como los llamó el propio autor, se detienen en la eterna pelea entre politeísmo o monoteísmo y aprovechan para atacar contra todo: "Primer deber al levantarse: avergonzarse de uno mismo"; "¿Qué es un contemporáneo? Alguien a quien se desearía matar, sin saber demasiado bien cómo"; "Sufrir es producir conocimiento"; "Sólo el escritor sin público puede permitirse el lujo de ser sincero"; "Estamos todos en el fondo de un infierno, cada instante del cual es un milagro".

Amigo de Samuel Beckett, ambos combatían su insomnio charlando mientras caminaban por las más sórdidas calles parisinas hasta altas horas de la madrugada. Esos diálogos dieron lugar a *Del inconveniente de haber nacido*, aparecido en 1973 y censurado en España al año siguiente por atentar contra el cristianismo. "Cuando los místicos se dirigen a Dios, únicamente a Dios según pretenden, deberían abstenerse de escribir: Dios no lee". Cioran, amante del estado de pura posibilidad, reformuló allí el pecado original. Para él, la verdadera catástrofe estaba en el nacimiento. "No nacer es sin duda la mejor fórmula que hay", o más allá aún: "Me gustaría ser libre, inimaginablemente libre. Libre como un ser abortado".

Durante 1977 publica *Ensayo sobre el pensamiento reaccionario*, que junto a diversos artículos sobre Paul Valéry, Mircea Eliade, Samuel Beckett, Jorge Luis Borges (a quien Cioran calificaría como "el último delicado"), Martin Heidegger y François Mauriac, dio lugar a *Ejercicios de admiración y otros textos*. Con *Desgarradura*, de 1979, retorna al aforismo, "ese lugar donde la palabra es dios". En sus páginas se reconocía, claramente, la crítica feroz contra el positivismo y toda forma de proceso histórico: "La vejez, en definitiva, no es más que el castigo por haber vivido".

En los años 80, mientras se asiste a la reedición de varias de sus obras, emprendió la corrección y traducción al francés de sus primeros trabajos originariamente escritos en rumano. Cioran fue destruyendo con su ironía, uno a uno, todos los sistemas de pensamiento: "Si he desconfiado siempre de Freud, la culpa la tiene mi padre: él contaba sus sueños a mi madre, aguándome así todas las mañanas".

Y uno de sus devastadores aforismos, del libro de 1987 *Ese maldito yo*, da cuenta de su vehemente lucha: "Mientras quede un solo dios de pie, la tarea del hombre no se habrá acabado".

Best Sellers///

Ficción

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La novena revelación*, por James Redfield (Atlántida, 22 pesos). Un hombre viaja a Perú en busca de cierto manuscrito que contiene las nueve revelaciones sobre la vida y sus misterios. Quién sabe si lo halló o no: lo cierto es que inauguró la novela new age.	1	32
2	*Inocente*, por Fernando Niembro y Julio Llinás (Grijalbo-Mondadori, 16 pesos). Una investigación novelada donde se combinan los elementos del thriller conspirativo girando alrededor de la figura de Maradona, el affaire de la efedrina y las intrigas político-corporativas del mundo del fútbol internacional durante el último mundial de Estados Unidos.	2	8
3	*Deuda de honor*, por Tom Clancy (Sudamericana, 29 pesos). Jack Ryan, el héroe de *Peligro inminente* y *La caza al Octubre Rojo*, vuelve a las andadas en una novela donde los enemigos son aliados en una guerra que se da más en el territorio económico que en el de las armas.	3	9
4	*La lentitud*, por Milan Kundera (Tusquets, 16 pesos). Breve e intenso divertimento donde un congreso en un viejo castillo francés es la excusa para que se disparen varias historias, algún que otro episodio amoroso y –como siempre– la mirada omnipresente del escritor checoslovaco donde la ficción pura y el ensayo estricto bailan con la vertiginosa lentitud.	5	14
5	*Paula*, por Isabel Allende (Sudamericana/Plaza & Janés, 17 pesos). Durante la agonía de su hija Paula, la autora de *La casa de los espíritus* le relató la historia de sus antepasados, los recuerdos de su infancia y algunos avatares de Chile, y son esos relatos los que reúne en este volumen.	8	15
6	*Donde van a morir los elefantes*, por José Donoso (Alfaguara, 22 pesos). La peripatética saga de un profesor de literatura chileno sumergiéndose de lleno en los placeres y padecimientos de la vida académica de un campus del medioeste norteamericano. Comedia negra, ácido retrato de costumbres y ritmo desenfrenado en un texto que tampoco excluye la reflexión profunda y los conflictos intelectuales.	6	8
7	*Historia de fantasmas*, por Sidney Sheldon (Emecé, 11 pesos). Una familia japonesa se establece en Nueva York ante el ascenso del jefe del grupo. El entusiasmo y la excitación por la perspectiva de una nueva vida se esfuman cuando los cuatro miembros de la familia Shamada descubren que su nuevo hogar está habitado por fantasmas implicados en un asesinato.	4	4
8	*El primer hombre*, por Albert Camus (Tusquets, 18 pesos). El autor de *La peste* y *El extranjero* relata la historia de un hijo sin padre, educado en la miseria y criado por una abuela autoritaria, que va creciendo y haciéndose a sí mismo hasta alcanzar el éxito. Una novela en la que la historia toma prestado mucho de la vida de su propio autor.	7	12
9	*El mundo de Sofía*, por Jostein Gaarder (Siruela, 35 pesos). Una protagonista de quince años que responde al sugestivo nombre de Sofía deambula en medio de una historia novelada de la filosofía a la que se le suman elementos de suspenso y un manual de los puntos más importantes de la filosofía occidental, desde los griegos a Sartre.	10	6
10	*La casa vacía*, por Rosamunde Pilcher (Emecé, 14 pesos). Luego de diez años de infelicidad al lado de un marido rico pero aburrido, una mujer decide reencontrarse con su primer amor.	9	4

Historia, ensayo

		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*La Argentina como vocación*, por Mariano Grondona (Planeta, 16 pesos). Subtitulado *¿Qué nos pide la Patria a los argentinos de hoy?* el libro aborda las asignaturas pendientes del proceso de desarrollo de la nación: la equidad social, la salud, la educación, el comportamiento cívico y el respeto de cada ciudadano a las instituciones y de las instituciones a cada ciudadano.	1	7
2	*Historia integral de la Argentina, III*, por Félix Luna (Planeta, 25 pesos). El tercero de los nueve volúmenes que conforman la obra del autor de *Soy Roca*. El libro abarca el siglo XVIII, abordando temas como el desarrollo del Tucumán, la creación del virreynato, el crecimiento de Buenos Aires como capital y el afianzamiento de sus redes comerciales.	3	4
3	*Historias de la Argentina deseada*, por Tomás Abraham (Sudamericana, 13 pesos). Un estudio sobre el lado oscuro de la Argentina yendo desde el primer peronismo, pasando por los fulgores de la década del sesenta y los oscuros años del Proceso hasta llegar a la era donde reinan los formadores de opinión como Mariano Grondona.	2	8
4	*El hombre light*, por Enrique Rojas (Temas de Hoy, 14 pesos). ¿Vive usted para satisfacer hasta sus menores deseos? ¿Es materialismo, pero no dialéctico? ¿Es un hombre light, un hombre de hoy? Críticas a ese ser hedonista y mezquino se mezclan con propuestas y soluciones.	5	25
5	*Pizza con champán*, por Sylvina Walger (Espasa Cape, 16 pesos). La socióloga y periodista Sylvina Walger mezcla sus dos formaciones para ofrecer una radiografía de los nuevos hábitos de las clases dirigentes y su corte en la Argentina de fin de siglo.	6	23
6	*¿Qué es la democracia?*, por Alain Touraine (Fondo de Cultura Económica, 15 pesos). El autor hace una revisión retrospectiva del concepto de democracia para analizar el verdadero significado que esa frase tiene en la actualidad. Plantea la necesidad de darle contenido a una democracia cada vez más asediada por el fantasma del autoritarismo.	7	7
7	*Derecha e izquierda*, por Norberto Bobbio (Taurus, 17 pesos). El autor de *El futuro de la democracia* establece el sentido de los términos izquierda y derecha, examinando las razones de los escépticos y redefiniendo la distinción entre ambos campos mediante el análisis del tratamiento que cada uno de ellos hace de la idea de igualdad.	4	3
8	*Política y cultura a finales del siglo XX*, por Noam Chomsky (Ariel, 14 pesos). Un análisis sobre las pespectivas de la libertad, la justicia, el poder, la democracia y la cultura en esta nueva etapa del capitalismo.	8	9
9	*Sueños de fútbol*, por Carmelo Martín (El País-Aguilar, 17 pesos). Vida y obra de uno de los mejores futbolistas y técnicos que ha dado la Argentina. Jorge Valdano, el filósofo del fútbol, habla de su vida y del deporte más popular del mundo.	–	6
10	*El vuelo*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 15 pesos). Horacio Verbisky, columnista de este diario, recoge el descarnado testimonio de un oficial de la Escuela de Mecánica de la Armada, Adolfo Scilingo sobre las violaciones a los derechos humanos en la última dictadura militar.	10	13

Librerías consultadas: Del Turista, Fausto, Gandhi, Hernández, Norte, Prometeo, Santa Fe, Yenny (Capital Federal); El Monje (Quilmes); Fray Mocho (Mar del Plata); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica, (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

Nota: Para esta lista no se toman en cuenta las ventas en kioscos y supermercados. Con cierta frecuencia, algunos títulos desaparecen de la lista y reaparecen en los primeros puestos a las pocas semanas: esas fluctuaciones se explican por tardanzas en la reimpresión.

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

Harold Bloom: **La religión en los Estados Unidos** (Fondo de Cultura Económica). El autor de *La angustia de las influencias* sigue promoviendo escándalos con sus innovadoras teorías. En este libro, niega que los Estados Unidos sean una nación cristiana y sugiere que los norteamericanos no creen que dios sea argentino sino que son ellos quienes tienen línea directa con el eterno.

Carnets///

ENSAYO

Fumadores, borrachos y otros narcómanos



NARCOTICOS, por Stanislaw Ionacy Witkiewicz. Circe, 1994, 212 páginas.

Cuando en 1930 *Narcóticos* ve la luz, Witkiewicz es ya un *figthing man*, un belicoso por excelencia que se considera a sí mismo un individuo "relativamente digno" que no sueña ya con ninguna clase de "creaciones" y que desea y aspira a acabar con una vida que, a pesar de sus derrotas, no lamenta. Es por eso que esta obra tiene un carácter sumamente personal y, en cierta medida, póstumo. Para la fecha en que Witkiewicz se sienta a escribirlo tiene cuarenta y cuatro años y es un fumador adicto que combate heroicamente su hábito desde los veintiocho y un borracho que niega rotundamente, "a pesar de que para muchos perversos cretinos mi declaración pueda ser precisamente una prueba a favor de ello", haber sido cocainómano, y que asegura haber probado solamente dos veces en su vida (lo que nunca intentó ocultar, firmando los cuadros pintados bajo ese estado con la correspondiente marca CO bajo la firma). Declara no haber sido nunca morfinómano ni eternómano, y reconoce el consumo esporádico de peyote y mescalina.

Su método es netamente psicológico: "Hay que mostrar las consecuencias psíquicas, instantáneas, cuyo lento avance no todo el mundo es capaz de observar, y menos que nadie quien de forma permanente consume un narcótico determinado".

Witkiewicz habla en serio, pero a pesar suyo matiza la narración de sus vivencias con juicios de valor que hacen estremecer de risa al más malhumorado de los mortales; a los adictos, riéndose de sí mismos, los hace estremecerse también, pero con alternados temblores de conciencia. Cuando escribe sobre la nicotina, Witkiewicz lo hace con un cigarrillo encendido entre los dedos, y es por eso que sus impresiones no se parecen en nada a aquellas provenientes de los moralistas "ex" que tanto aturden y provocan náusea cada vez que se ponen a arengar a las multitudes. Para Witkiewicz, por cuanto atañe a la verdadera satisfacción de fumar, sólo la conocen los fumadores incipientes o aquellos que, como consecuencia de una infinitamente rara cualidad, conservan todavía el frescor de sus impresiones primitivas, limitándose a unos pocos cigarrillos diarios. El verdadero adicto, nos dice, fumando un cigarrillo tras otro, lo que haceno es más que matar en el acto la necesidad más leve tan pronto ésta se presenta. Al principio la cosa va bastante bien, hasta que uno alcanza el punto en que la nocividad del incremento de las dosis empieza a aumentar en progresión geométrica: "Ahí comienza la tragedia: ya no es posible sacar nada bueno de uno mismo, aunque se fumaran ciento cincuenta cigarrillos por día".

En relación al alcohol, Witkiewicz era de los partidarios de que fuera prohibido absolutamente. "Según mi opinión debería estar permitido única y exclusivamente –y muy de vez en cuando– a los artistas y literatos que sepan a ciencia cierta y por un corto espacio de tiempo 'empinar el codo', y que sin la ayuda del alcohol no crearían nada que no valiera la pena". No obstante, reconoce que, ante la falta de substancia de la literatura y ante el fin del arte "que incluso para los mayores gigantes del optimismo está dejando de ser un mito", el problema ya no reviste demasiada importancia. La prohibición, entonces.

Más tarde ataca a la cocaína, "una de las peores porquerías entre los llamados `delirios blancos', que no cumple con las promesas que lleva a cabo". Con ella, dice Witkiewicz, uno se halla sumido en el meollo de la repugnancia del mundo y de la existencia. La cocaína sustrae la capacidad del juicio, de captación de las diferencias, y restringe la capacidad de apreciación; en suma destruye todos nuestros criterios: "Quedamos indefensos e inocentes como cretinos (no como niños) y admiramos durante varias horas una mancha en el mantel como la mayor hermosura del mundo, para ser arrojados luego como pasto de las dudas más terribles sobre la propia esencia de la Existencia".

Sólo es respetuoso y se deshace en halagos para la única droga que, a su parecer, las desplaza y a todas (y las rechaza a todas): el peyote. "¡Despierten, fumadores y borrachos y otros narcómanos, mientras estén a tiempo! ¡Fuera la nicotina, el alcohol y toda clase de `delirios blancos'! Si el peyote ha de ser el antídoto universal contra todas esas porquerías, en este y solo en este caso: ¡viva el peyote!".

Las drogas nos aburren con su paraíso, decía Michaux, que nos den mejor un poco de saber: no estamos en una época de paraíso. Lo que Witiewicz viene a decirnos podría resumirse en estas dos preguntas: ¿qué saber? ¿qué paraíso?

GUILLERMO PIRO

PERSIANA AMERICANA

LA SANTA MUGRE O EL PAIS DE CUCAÑA, por Santiago Espel, Grupo Editor Latinoamericano, 1995, 168 páginas.

Esta primera novela de Santiago Espel, quien incursiona además en el territorio de la poesía, es a la vez un texto desparejo e interesante, cuyos méritos residen, paradójicamente, en sus desniveles. Puesto a contar la historia de un grupo de locos al final de la Edad Media, Espel incurre en ciertos anacronismos (el armado de un cigarrillo) y excesos de énfasis que le quitan a las peripecias su posible lectura alegórica. Así la obra resulta divertida, excesiva y original en la cual abundan los hallazgos y faltan las conclusiones.

RAPTO DE CAUTIVAS BLANCAS, por Laura Malosetti Costa, Hipótesis y Discusiones, 1994, 38 páginas.

La colección que dirige David Viñas desde el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras se propone dar a conocer los trabajos que piensan aspectos y autores nacionales. La ponencia de Malosetti Costa –licenciada en Historia del Arte– rastrea la representación de la cautiva en la pintura rioplatense en el siglo XIX tratando de delimitar el sentido de esta figura/víctima y siguiendo su retórica erótica. El trabajo, bien documentado, peca un poco de este exceso de búsqueda y se extrañan conclusiones, aunque esto no impide que se constituya en un excelente punto de partida para investigar en el tema.

REDES. REVISTA DE ESTUDIOS SOCIALES DE LA CIENCIA, por el Centro de Estudio de Investigaciones de la Universidad de Quilmes, número 3, abril 1995, 218 páginas.

El sumario de este nuevo número de una revista distinta que proviene del ámbito universitario gira en torno de la ciencia en la Argentina y es el resultado de un congreso realizado de forma conjunta entre la Universidad de Quilmes y **Página/12** para debatir la situación de la ciencia en la Argentina. Además de una síntesis de lo que se habló en el Molino, esta entrega de *Redes* incluye una serie de interesantes artículos vinculados con el tema: "Libremercado y política científica en la Argentina" de Robert Bisang, "El Estado argentino y las actividades científicas y tecnológicas" de José Nun y "La recepción literaria de la ciencia en la Argentina" de Marcelo Montserrat, entre los más destacados.

LA NUEVA MATRIZ POLITICA ARGENTINA, por Carlos H. Acuña (compilador), Nueva Visión, 1995, 384 páginas.

Los investigadores argentinos no cesan de indagar en los misterios de la realidad nacional. Un grupo de integrantes del CEDES (Centro de Estudios Económicos y Sociales) reúne sus trabajos en este volumen para analizar el funcionamiento del escenario políti[...] de la demo[...] to privilegi[...] mite integ[...] con una [...] históricos [...] sistema po[...] alternativa[...] animado de[...] alidad que [...]

TODO LO[...] LACAN Y[...] HITCHCO[...] 206 página[...]

A pesar [...] recopilació[...] tamente hi[...] buena prop[...] hcock y tra[...] caen en g[...] de que alg[...] fos– y per[...] de *Psicos*[...] rrir a la ho[...] por la man[...] cirlo de o[...] tan sonor[...] den Dolar [...] ka Zupan[...] una butac[...]

ENTREVISTA

LAS HUELLAS DE LA MEMORIA. ENTREVISTAS A ESCRITORES LATINOAMERICANOS, por Graciela Gliemmo. Beas, 1995, 208 páginas.



Latinoamericanos de los años 90

El boom editorial de que en los años 60 gozó la narrativa latinoamericana enfrenta hoy un reflujo de oposición. Oposición a los métodos que practicó y a los contenidos que propuso, a las estrategias de marketing y star system (de las que no quiso prescindir), a las grandes novelas de síntesis patria nada renuentes, en definitiva, al color local (se trate del argentino Cortázar, el colombiano García Márquez o el mexicano Carlos Fuentes). Pero de la inercia de sus ondas expansivas aún puede sacarse rédito –o resulta inevitable sacarlo–. Sus críticos son mejor oídos gracias a una doble promoción producida en los 60 y de la que ya no es posible retroceder: a la profesionalización y al rango de *literatura mundial*.

Los narradores del boom se vieron convertidos en grandes enunciadores nacionales, en intérpretes de un subcontinente sobre el que todos habían vivido equivocados. El deseo de registrar puntualmente sus palabras dio un impulso nuevo al género de la entrevista; por su parte, las entrevistas renovaban el interés por esos narradores en audiencias cada vez más amplias. El libro de conversaciones *Los nuestros*, de Luis Harss, fue quizás el más popular y compendioso estado de la cuestión; no fue siempre infalible: el epílogo deploraba "la prosa onanista de adolescente tropical" en el "biblioso novelón" *Paradiso* del cubano Lezama Lima.

Treinta años después, Graciela Gliemmo publica en *Las huellas de la memoria* trece entrevistas a las que se prestaron algunos laterales del boom (la mexicana Elena Poniatowska, el chileno Jorge Edwards), algún remozado pero auténtico *boom baby* (Carlos Fuentes) y decididos integrantes de generaciones posteriores en términos literarios, aunque no siempre cronológicos (del peruano Carlos Thorne a la argentina Luisa Valenzuela).

Gliemmo cuestiona como una *latinoamericanista* que ha leído los libros de sus entrevistados, y consiguientemente evita las generalidades vagarosas; una introducción reflexiona sobre la entrevista como género sólo aparentemente magnetofónico. No se permitió nunca provocar la indiferencia con sus preguntas. La especialización de la entrevistadora no implica alejar al lector común, sino que logra respuestas en todos los casos referidas a algún certero centro de interés para sus autores, como la desdramatización de la historia en Fernando del Paso, las relaciones entre lectura y crítica en Margo Glantz, la oposición entre Buenos Aires y el interior en Juan José Hernández.

En Latinoamérica y al promediar los 90, el cuadro general de los narradores es más cerradamente local que el de los 60. *Las huellas de la memoria* tienen así varios focos y se nutren a la vez que dan cuenta de la ya tópica incomunicación hispanoamericana. Pero no es únicamente por azar que en este mapa balcanizado pertenezca a la literatura mexicana la mitad de los entrevistados.

México es la Cuba de los 90, por obra de los misterios contrarios y simétricos de Chiapas y el Tratado de Libre Comercio; el dilatado territorio ha sabido encerrar dentro de sí la oposición Norte/Sur. Si los novelistas del boom hallaban una inescapable referencia –y gratuita publicidad– en la Cuba de Castro y en la euforia de una revolución posible, los años 90 encuentran a los herederos forzosos de aquél sumidos en el desmantelamiento al que los populistas americanos someten implacablemente su historia. El retórico enemigo neocolonial de ayer, los Estados Unidos, se ha vuelto socio en un Tratado de Libre Comercio cuyas cláusulas son discutidas, pero cuya perentoria necesidad se juzga inapelable. Resulta paradójico, a la distancia, que los novelistas del boom ofrecieran para su literatura la caución de un mercado de lectores que también la distancia reveló como más precario y coyuntural de lo que sus superestrellas entendían, y que esto ocurriera precisamente sobre el fondo de una concertada fe en el nuevo Estado revolucionario. Graciela Gliemmo sabe hacer a sus entrevistados la pregunta por el lector; la respuesta de la mayoría de ellos es la situación misma de la literatura latinoamericana: ni el Estado –los americanos se han reducido prepotentemente, empeñados en hacer de necesidad virtud frente a sus magros logros centenarios– ni el mercado –las clases medias tienen ahora otras, más seguras, seducciones–, sino un público nuevo de cuya naturaleza y extensión los escritores tienen solamente los atisbos que el libro nos transmite.

ALFREDO GRIECO Y BAVIO

o argentino a partir de la instauración racia en 1983. Y elige como instrumendo la idea de matriz política que les per- distintas perspectivas metodológicas cuada reconstrucción de los procesos establecer así los rumbos posibles del tico argentino, marcando sus límites y Un libro interesante, algo arduo pero un espíritu no conformista con una remenaza con congelarse.

UE USTED SIEMPRE QUISO SABER SOBRE UNCA SE ATREVIO A PREGUNTARLE A K, por Slavoj Zizek (compilador), Manantial, 1994,

e todo lo que hace temer el título, esta de artículos de psicoanalistas supuesgaros (a juzgar por los apellidos) es una esta para recordar los films de Hitcr de entender a Lacan. Los autores no eral en retóricas complicadas –a pesar os de ellos apelen a los inevitables graiten que su admiración por el director o quede obnubilada, como suele ocu- del análisis aplicado y sus variantes, ulación de conceptos teóricos. Para demanera, los articulistas, de nombres como desconocidos al estilo de MlaStojan Pelko y una casi folclórica Alenparecen haberse dado cuenta de que o es exactamente un diván.

DE UNA PUNTA A LA OTRA

La publicación de "Varias percepciones" y "Noches en el circo", dos novelas de la británica Angela Carter que acaban de ser distribuidas por Minotauro, marca dos momentos en la narrativa de la autora: la juventud y la madurez. El escritor Elvio Gandolfo lee aquí las dos puntas de una obra que recorrió desde la ciencia ficción al feminismo.

ELVIO E. GANDOLFO

Poco más de quince años separan a *Varias percepciones* de *Noches en el circo*. Cuando Angela Carter publicó la primera, en 1968, era una autora joven y promisoria. Cuando publicó la segunda, en 1984, ya era una voz central de la literatura inglesa, aunque se había construido un sitio muy especial, por su originalidad y complejidad. Nacida en 1940, parte de su obra (*La pasión de la nueva Eva, Héroes y villanos*) se inscribía dentro de la ciencia ficción, mientras que otra (*La cámara sangrienta, Venus negra*) estaba constituida por cuentos que jugaban libremente con los límites de lo fantástico o exploraban y modificaban rincones conocidos de la historia. Entretanto, se había destacado además como una voz muy personal dentro del ensayo feminista, a través del libro *La mujer sadiana* y de sus artículos y ensayos en la revista *New Society*, recogidos más tarde en el volumen *Nothing Sacred*. Su arsenal teórico y retórico como ensayista incluye hallazgos como la expresión "desublimación represiva" para referirse a la supuesta "liberación sexual" norteamericana de los años 60 y 70.

PEQUEÑAS EPOPEYAS INUTILES. Joseph, el protagonista de *Varias percepciones*, es algo peor que un antihéore: un personaje casi inexistente, en lo social y lo psicológico. Desocupado, abandonado hace tiempo por su mujer, vaga por las calles de Londres como un trozo de desperdicio en el agua de una alcantarilla.

Joseph bordea la locura: "De cuando en cuando vislumbraba inmensas grietas en la estructura del mundo real". Tampoco tiene muy claras las razones de sus fracasos: "Era incapaz de recordar si Charlotte lo había abandonado porque él había fracasado en todos los exámenes o si había fracasado en todos los exámenes porque Charlotte lo había abandonado o si simplemente no se había molestado en presentarse a ningún examen". Vive del seguro de desempleo, pero lo emplea de modo muy poco racional: especie de "hippie" inerte, gasta buena parte de la asignación mensual en despachar por correo especial un excremento al presidente Lyndon Johnson.

Lo que sorprende y fascina en el texto, que con esos personajes podría convertirse en un lamento gris o en una comedia cínica, es la multiplicidad descriptiva y estilística de la autora, que terminan siendo poéticas. El desafío que parece haberse planteado es subyugarse y subyugar al lector con todo lo que pueden percibir de hecho (las "varias percepciones" mentales de las que habla la cita inaugural de Hume) un personaje o grupo de personajes que en principio parecerían condenados al tedio infinito.

La Carter es una prestidigitadora de la metáfora precisa. Para comunicar el instante de decisión suicida de Joseph escribe: "Apenas rozó la espita de gas comprendió que lo que haría luego era tan simple y obvio como el lugar donde debía colocarse el último trozo de cielo en un rompecabezas". También de la metáfora lenta para describir la decadencia: "La madre de Viv tenía una torre de rizos nacarados en lo alto de la cabeza; la frágil estructura se iba ladeando mientras (...) el sudor comenzaba a derretir la máscara de falso color melocotón encendido que se colocaba sobre su verdadero rostro, transformándola en un palazzo veneciano de estuco rosa a punto de precipitarse a un canal en una cascada de fango y cascotes".

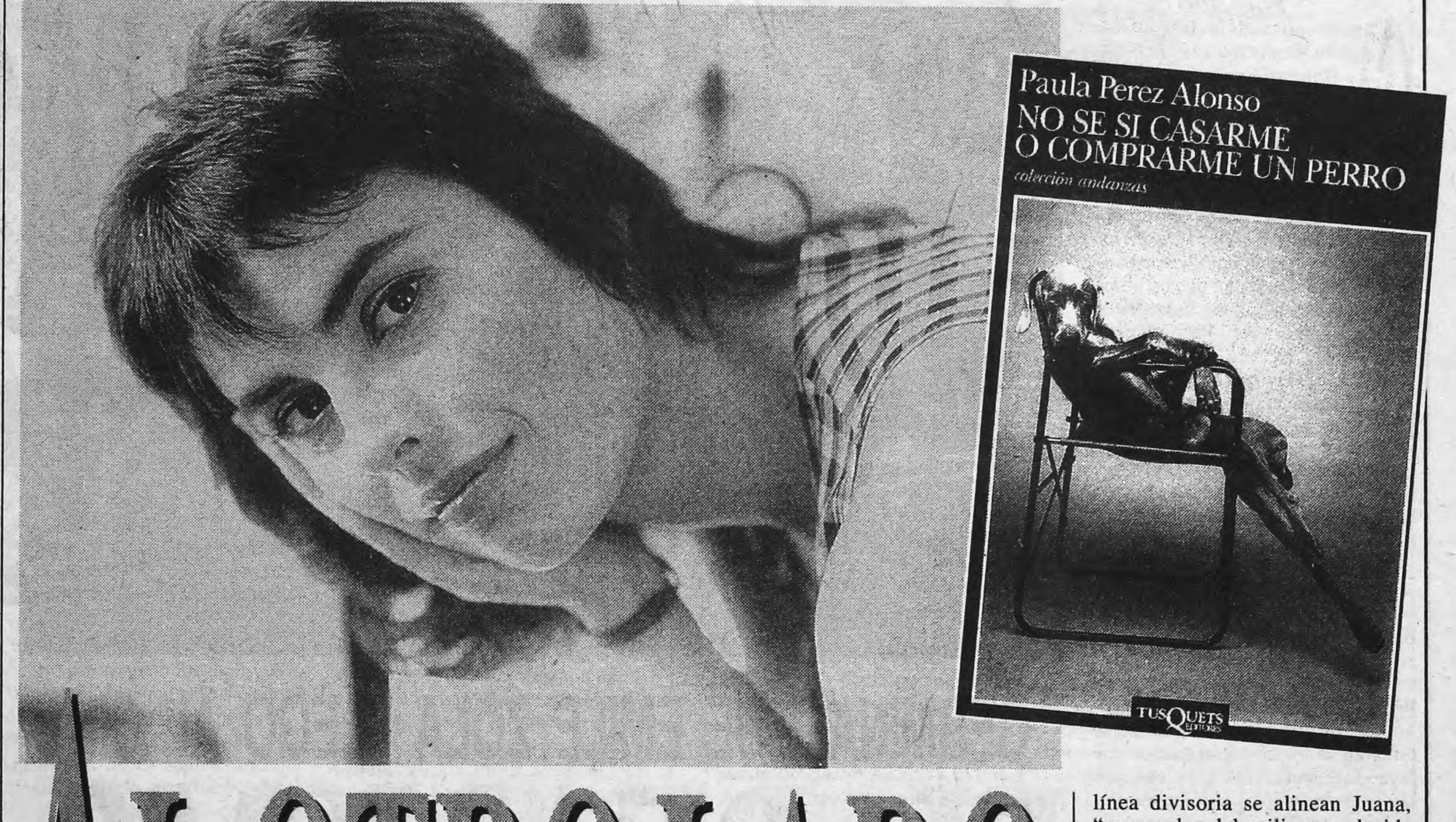
Cuando se termina el recorrido, que incluye pequeñas epopeyas inútiles (la liberación de un tejón, un par de incómodas relaciones sexuales), cuesta creer que la novela ya estuviera escrita en 1968, a tal punto parece hablar de un Londres de hoy, atosigado y confuso, resignadamente posmoderno, con un estilo que se paladea, se palpa y se huele, además de leerse.

SOBRECARGA. *Noches en el circo* cumple al pie de la letra con la promesa del título. Con una "mujer con alas" como eje central, acumula toda la fauna circense extravagante que pueda esperarse después de películas como *Freaks* o novelas como esa obra maestra oculta que es *El circo del Dr. Lao* de Finney. La alada Fevvers absorbe un buen espacio, al igual que su pequeña y tenaz acompañante, Lizzie. El periodista Jack Walser, que la entrevista, la sigue en las giras y al fin se enamora, ocupa un puesto secundario.

Pero el mayor espacio lo invaden las decenas de rostros agregados: un profesor de monos (y sus monos), la diminuta y patética Mignon, el Coronel dueño del circo (y su marrana adivinatoria), un grupo de payasos y su líder demente, una condesa que funda un internado de asesinas siberiano. La saturación no es sólo visual. Cada uno de esos elementos da pie a una historia, historias que se adhieren como racimos al eje central: el trayecto del circo desde el Londres finisecular a San Petersburgo primero y después a Siberia.

Cuando el lector avanza un buen tramo, empieza a sentir que pisa un territorio formal conocido, a pesar de la originalidad de personajes y hechos. De algún modo, y a la inglesa, es el viejo y querido "realismo mágico". Hay que tener en cuenta que García Márquez es uno de los autores más traducidos, y que entre quienes se han tentado con sus fantasías figuran autores como Jeanette Winterson, en *La pasión*. Dicho de otra manera: la influencia puede ser indirecta.

Al principio la variedad atrae y divierte, después entumece los músculos de la imaginación y fatiga. El acierto y lo trivial a veces van casi unidos, como el cara y cruz de una elección estética. Se dice por ejemplo de un payaso. "Adora las viejas bromas, las sillas que se desmoronan, los budines que estallan; dice: 'La belleza del arte del payaso consiste en que nada cambia nunca'", logrando un momento a la vez nítido y melancólico. Pero enseguida aparece la rutina: "El payaso es fuente de hilaridad, pero... ¿quién ha de hacer reír al payaso?". En el final a toda orquesta hay demasiado ruido: *Varias percepciones* termina por entregar, con humildad, más música.



AL OTRO LADO DEL MOSTRADOR

"No sé si casarme o comprarme un perro" es la primera novela de Paula Perez Alonso; su autora, sin embargo, no es exactamente una debutante. Editora en un sello de primera línea, Perez Alonso se gana la vida entrometiéndose en la prosa ajena y debuta ahora al otro lado del mostrador como una novel escritora. Susana Viau se aproxima en este perfil al caso singular.

SUSANA VIAU

No es Juana, es Paula. No tiene 32 años, como Juana, sino 36. No fue madre soltera. Tampoco tiene un hermano: declara una hermana mayor y un par de hermanos pequeños. Jamás tuvo una relación sentimental con un guerrillero. Vivió dos años en Europa y está casada con un fotógrafo que archiva metódicamente los negativos. La estadía en Londres y el reportero gráfico son los únicos puntos comunes entre ella y su personaje, la mujer cuyos ojos ha elegido para observar a los otros y narrar la historia de *No sé si casarme o comprarme un perro*. Es más, la horroriza que con una frecuencia inquietante le pregunten cuánto de autobiográfica tiene la novela. El equívoco lo dispara, seguramente, el título engañoso que promete una sucesión de disparates almodovarianos o esperpentos de la vida cotidiana al estilo de Carmen Rico Godoy.

Paula Perez Alonso se gana la vida supervisando libros ajenos en una editorial de primera línea que no es la que acaba de sacar su novela "porque me sentía más cómoda si publicaba en un lugar que no fuera mi lugar de trabajo". De todos modos, *No sé si casarme...* empezó a andar el camino de la imprenta cuando Juan Forn, su jefe, se puso insistente para leer lo que ella venía construyendo a solas desde hacía cuatro años. "Juan me pedía –cuenta– aunque fuera un capítulo, diez páginas. Yo me resistía porque tenía miedo de las influencias, de que la novela perdiera dirección propia. Después me pidió la novela completa y la leyó en un fin de semana. Cuando la terminó me comentó algo, que fue lo más elogioso que yo podía esperar. Me dijo que la narradora tenía voz propia." Después Forn le aconsejó: "Ahora ponete a distancia y editá tu propio libro. Podés ser tu mejor editora". Perez Alonso corrigió a lo largo de un año y medio pero le dio los originales a Paula Pico, editora de Tusquets. Ahora, colocada al otro lado del mostrador, la novelista debutante debía pasar la prueba que otros habían rendido ante ella: las sugerencias del intruso, a media agua entre el escritor y el lector. "Tuve suerte. Yo no soy una editora intrusiva y Paula Pico hizo una lectura inteligente y respetuosa. Fui permeable a todo lo que podía mejorar el texto, pero estaba segura de lo que quería que la novela fuera."

Así, Perez Alonso defendió digresiones que, en opinión de otros, podían distraer el curso esencial de la historia, pero "quería que quedaran" y fue inflexible con el final. Un match del que no quiere contar detalles, "para no adelantar demasiadas cosas. Digamos que yo no quería un final distinto al que tiene". En realidad, uno debe adivinar que se negó a un toque más feliz. Sencillamente porque no cree que eso exista para aceptar, en el mejor de los casos, la posibilidad de una existencia armoniosa.

– *¿La suya es así?*

–No. Mi vida es muy tumultuosa.

– *¿Tiene hijos?*

–No. Y no voy a tener. Es una decisión tomada.

El anuncio lo hace con firmeza pero a sabiendas de que está metiendo el dedo en el enchufe que enciende las desconfianzas. Todavía ese es un tema en el que a las mujeres se les disculpa el no poder, pero nunca el no querer. "Me gustan los chicos –dice–, me gustan mucho. Por eso es que no quiero. Es un amor muy exigente, muy absorbente." Contra lo que se pretenda deducir, la niñez de Paula Perez Alonso fue normal, a no ser por el desmesurado interés por la lectura que le inculcaba el padre, "un hombre muy inteligente que hubiera querido escribir. Que escribía muy bien". Lo que se dice una infancia "protegida", transcurrida en la clase media alta del Belgrano Day School. Al terminar el secundario se fue por dos meses a Londres a perfeccionar su inglés.

Los dos meses se hicieron dos años por un súbdito que le dió vuelta la cabeza. "Tenía ganas de seguir en Londres y el inglés valía la pena", reconoce. Cuando volvió se encontró ante el dilema de tener que estudiar lo que le gustaba en un lugar aborrecible, la carrera de Letras en la facultad donde la dictadura "había hecho subversivo a Martín Fierro". Ella no era la misma. El viaje de fines de los 70 le había abierto los ojos. "Conocí estudiantes que tenían vidas muy solitarias y supe mucho más de lo que sabía estando acá. El movimiento de Amnesty International era muy fuerte. Volví con otra conciencia." Al cambio ayudó, por cierto, la frecuentación de exiliados que pululaban por Europa sin oficio ni beneficio. De esa experiencia sale, quizá, el perfil de Ernesto, el montonero novio de Juana, la protagonista de *No sé si casarme...*, una figura lateral, apenas una referencia que, sin embargo, condiciona su historia. Ernesto, que se separa de Juana para no involucrarla, que muere combatiendo es, si se quiere, una actitud moral, como Cris, el hermano, más débil en las respuestas aunque igualmente refractario a aceptar como fatal un orden en el que no se reconoce. "Es casi el único de los personajes que ha mantenido una defensa de su propio orden –explica Paula Perez Alonso–, el que ha resistido."

Para ella la novela tiene una clave: "El tema de la diferencia. Por su lugar en la sociedad, por su modo de vivir, las personas distintas a la Gran Convención, a la Gran Norma, están forzadas a resolver qué les es más costoso, adaptarse a la convención o mantenerse a flote en la diferencia, sabiendo que están condenadas a los márgenes, construyendo otro orden que no va a ser reconocido". A los costados de esa línea divisoria se alinean Juana, "que vuelve del exilio pero decide asimilarse con un gesto excéntrico" (el aviso que publica en los diarios desafiando a que aparezca el hombre capaz de superar las virtudes de su perro); Cris, "que apuesta a los sentimientos y a una transparencia que los demás no pueden soportar; Max, "que busca un esquema social más justo". Y Horacio, el fotógrafo que sobrevive "pero se mantiene aislado", buscando cambiar de casa encontrará un cadáver y un misterio que teñirá la vida de todos. "Ese es un punto de inflexión –asegura Perez Alonso–. Hasta ese hecho la novela es reflexiva. Ahí empieza a cambiar el modo en que vivían, de manera plácida, controlada."

Sería aventurero suponer que esas señales de exilios, guerrilla, huesos abandonados en una casa, secretos espiados por vecinos temerosos, mundos hostiles, hilvanen una metáfora de los años difíciles. Tan aventurero como descartarlo. Al menos, a Paula Perez Alonso aquellos tiempos no le fueron indiferentes. "Para mí –afirma– no hay olvido ni perdón. Creo que si se perdona y se olvida se pierde una parte estructurante del alma, se abandona una parte esencial de uno mismo."



A la izquierda, una imagen de "Germinal", de Claude Berri; al lado, mineros franceses. Abajo, Emile Zola rodeado por sus hijos Denise y Jacques.

"GERMINAL" DE EMILE ZOLA LLEGO AL CINE

EL REALISMO

ANTES DE LA TELE

"Germinal", película de Claude Berri, recupera una de las obras más famosas de Emile Zola, pieza clave de la literatura francesa y de un estilo. "La pantalla realista es un simple vidrio, muy fino, que pretende ser tan transperante como para que las imágenes lo atraviesen", escribió el autor que quiso dar cuenta del mundo en todos sus recovecos.

ROLANDO GRAÑA

Cuando no existía la imagen, ¿quién le contaba a la gente cómo eran otros paisajes? La novela, obviamente. La idea, la ilusión de dar cuenta del mundo en todos sus recovecos comenzó con Balzac. Emile Zola quiso ser su discípulo y más. "¡Qué hombre! Lo estoy releyendo. Aplasta a todo el siglo. Victor Hugo y los otros quedan borrados ante él", escribió en una de sus miles de libretas de apuntes, base documental de sus novelas. Pero allí también acotó: "No hay que hacer como Balzac. Hay que aferrarse menos a los personajes que a los grupos, a los medios sociales". Pero mientras luchaba por superar *La comedia humana* y librarse de la sombra de Victor Hugo, Stendhal y Flaubert, Zola se convirtió en una suerte de Verne de lo social.

Durante casi toda su obra, Julio Verne creyó que la ciencia mejoraba al hombre. Antes de morir, cambió de opinión, pero de sus novelas se recuerda sobre todo la anticipación de los adelantos tecnológicos, los pioneros que derrotaban a la naturaleza hostil. Como Verne, Zola también se formó como intelectual leyendo ciencia. Sólo que creyó que la naciente sociología y las teorías de Darwin, Charcot y Lombroso, la importancia de la herencia, el positivismo aplicado a la gente, en fin, proveían certezas similares a las de la física. Como en Verne, del cruce de ciencia y ficción nació su poética: una novela experimental que le permitiera prolongar a Balzac sin plagiarlo.

De Balzac tomó entonces la idea de una saga con personajes recurrentes. "Esbozó un primer plano de diez novelas que desembocaban una en otra bajo la triple etiqueta del materialismo, la fisiología y la herencia, todo esto evocado bajo el reinado de Napoleón III. Una época que Zola execraba por sus genuflexiones ante el dinero, sus prejuicios burgueses, su intolerancia", escribe Henri Troyat, su mejor biógrafo. A diferencia de Balzac, la mirada de Zola sobre el mundo no era la de un aristócrata fallido sino la de un *progresista* antes incluso de que la palabra existiera, un hombre asombrado ante la contradicción de los obreros miserables y el capital –como decía Marx– "en plena orgía".

Pero Balzac, y sobre todo Victor Hugo, estaban todavía demasiado cerca de una sensibilidad romántica. Zola también: hijo huérfano de un ingeniero fluvial de Marsella, abandonó los estudios al llegar a París, se hizo poeta y vivió de una puta; luego sentó cabeza y entró como dependiente en la famosa librería Hachette. Allí, hacia 1862, conoció a los grandes románticos, ya próceres, que quedaban en pie: Lamartine, Renan, Taine, Saint-Beuve.

Zola comprendió –y tal vez allí estuvo su gran intuición– que a fines del siglo pasado, como a fines de éste, por mucho que digan, el Sujeto, el ciudadano racional que diseñó el Iluminismo, declinaba. Era el turno de las masas y Zola fue el primero en percibir la mutación. Mientras el barón Haussman trazaba grandes avenidas para que el ejército pudiera cruzar París rápidamente en caso de revueltas, mientras el poder empezaba a preocuparse por el anonimato de la gente en las grandes ciudades y nacían los documentos de identidad, también surgían el consumo de masas, la política de masas y hasta la guerra de masas. Por eso los héroes de Zola, a menudo acusados de esquemáticos, son un grado diferentes de los de Balzac: son ejemplos, contradictorios, pero ejemplos al fin, de grupos sociales, tienen una lógica más social que individual.

Como contrapartida de la irrupción de las masas está la proliferación de los objetos. Las descripciones abigarradas de Zola no son un simple recurso en tiempos en que no existía la tele: traducen el asombro de un mundo que cambió a causa de la producción industrial. No parece casual que en el exacto centro de la saga de los *Rougon Macquart* esté *Au bonheur des dames*, una novela cuyo personaje central es... una tienda.

Pero tal vez su intuición más notable resida en que fue el primero en adivinar qué podía pasar en ese nuevo paisaje, la ciudad moderna, eseretrato de grupo con máquina. Como Verne, Zola también se fascinó con las locomotoras, las acerías, las hilanderas, aunque previó un final apocalíptico: la raza humana no iba a mejorar por ese camino.

La realidad también le jugó una broma. Zola terminó de escribir *Germinal* en enero de 1885. Su denuncia sobre la situación miserable en que vivían y morían los mineros y la crónica de la huelga provocó tanto escándalo como hoy lograría un buen programa de televisión. Unas semanas más tarde, sesenta mil obreros enterraron al escritor y dirigente socialista Jules Vallés cantando "La Internacional". "El socialismo entró en la realidad al mismo tiempo que en las novelas de Zola", escribió el crítico Armand Lanoux.

Para lograr verosimilitud al narrar una realidad nueva, necesitó darle otra vuelta de tuerca al realismo fundado por Balzac y al melodrama tejido por Dickens. "La pantalla realista es un simple vidrio, muy fino, muy claro, que pretende ser tan transparente como para que las imágenes lo atraviesen y reproduzcan en toda su realidad", decía Zola; por supuesto, se trataba de un truco de narración como cualquier otro. Un texto de vanguardia no es menos "real" que uno realista: ambos están hechos de palabras. Pero el asombro de una realidad nueva llevó a Zola a querer estar y ver allí donde necesitara para después poder contar. El decía que ése era un método "científico". No lo parece, pero en la época así trabajaban los sociólogos pioneros. Hoy, apenas si el método ha quedado como patrimonio de algunos buenos periodistas.

Para escribir *Germinal* Zola bajó a las minas, entrevistó médicos, ingenieros y burgueses. Pero a su segunda novela "obrera" le faltaba acción y empezó a pensar en una huelga. Como un cronista de noticiero, viajó de apuro hacia Anzin no bien se enteró de que había comenzado un paro de mineros que resultó de los más largos del siglo XIX. Gracias a un diputado amigo, Zola convivió durante una semana con los huelguistas, visitó sus casas, conoció a sus mujeres, comprendió su modo de vida. "En Valenciennes desde el sábado, en medio de los huelguistas, que por lo demás son bastante calmos. Una zona espléndida para ambientar mi libro", anota el 26 de febrero de 1884.

Es difícil imaginar hoy la fama que tuvo Zola en sus tiempos. El hijo huérfano del ingeniero, que había comenzado como poeta y a quien Louis Hachette le recomendó que se pasara a la prosa para probar suerte, fue maestro de muchos que luego serían grandes. Eran las famosas *soirées de Médan* y de la tertulia participaban entre otros J. K. Huysmans, los hermanos Goncourt y Guy de Maupassant. Más tarde sentó una manera de "ser intelectual" que marcaría a este siglo, al acusar en una carta abierta al presidente de Francia y al ejército de antisemitismo en el caso Dreyfus. El diario que publicó su famoso "J'accuse" vendió trescientos mil ejemplares en pocas horas. Zola fue acusado y tuvo que exiliarse en Londres. Pero Dreyfus, después de once años preso sin causa, quedó en libertad.

Luego vinieron tiempos difíciles para su prestigio. Las vanguardias se burlaron de sus novelas un tanto didácticas. Paul Valéry decía que no había diferencia entre imaginar a los campesinos y escribir sobre ellos después de haber cruzado un sembradío en diligencia como hacía Zola para documentarse. Aquí mismo, a Zola se lo acusa, valga la cita, de haber inspirado lamentables novelones de pretensión moralizante como los de Manuel Gálvez.

Pero Zola sobrevivió en el cine, que lo adoptó y convirtió en uno de sus autores más adaptados. Si hoy estuviera vivo, seguramente conduciría un *reality show*.

LA RENTREE DE LA HERENCIA

Comparar fines de siglo o de milenio es un ejercicio poco riguroso pero ameno. Zola fue como pocos un autor de fines del XIX: fue positivista, creyó en la ciencia, lamentó pero sintió fascinación por las lacras humanas. Luego el psicoanálisis, que nació de Charcot, relativizó las conclusiones mecánicas que Zola divulgara: la herencia no lo era todo; de un borracho no nacía otro borracho bebé; una mujer se volvía prostituta no porque su madre lo hubiera sido.

Sin embargo, este fin de siglo, cosas del péndulo de la historia, ha decidido relativizar, despreciar a Freud. Lo que Zola hubiera llamado *la sangre* la ciencia lo denomina ADN. Sea como fuere, el peso de la herencia ha vuelto. A veces con razón, otras con prejuicios.

El oído absoluto, virtud de escasísimos músicos que pueden distinguir una nota en todos sus matices, es hereditario y se aloja en el cerebro: Verdad. Pero la homosexualidad y la inteligencia, ¿también vienen con los genes? Desde una perspectiva materialista, darwiniana y "progresista", Zola lo hubiera suscripto. Hoy la ciencia duda. Hasta hace unos años, la apuesta hubiera sido patrimonio exclusivo de los discursos más retrógrados.

Pero cualquier lector atento de los diarios ya no sabe a qué atenerse. El informe Le Vay armó soberano escándalo el año pasado al postular asépticamente diferencias cerebrales entre homo y heterosexuales; algo parecido sucedió a principios de éste con las diferencias encefálicas entre el hombre y la mujer.

El péndulo de la historia ha revalorizado a la herencia, es indudable, pero no para todo. Además, otra de las grandes categorías de los tiempos de Zola, la raza, ha entrado en crisis. El genetista Luca Cavalli Sforza ha demostrado que ser negro o blanco es una cuestión de adaptación al medioambiente y que los arios, si vivieran millones de años en Africa, acabarían negros. Uf.

R. G.